

ANT-XIX-1287/5

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. SR.

Don Marcelo Spínola y Maestre,

ARZOBISPO DE SEVILLA.

ACERCA DE LA

SANTA CUARESMA

DEL PRESENTE AÑO.



SEVILLA

LIB. É IMP. DE IZQUIERDO Y C.<sup>a</sup>

*Francos, 54.*

1900

21 ans

R. 71. 219



# CARTA PASTORAL

DEL

Excmo. Sr. Arzobispo de Sevilla



Á NUESTROS AMADOS DIOCESANOS.

Todos los años, más pronto unas veces, más tarde otras, nos visita la Cuaresma, y su advenimiento produce en los ánimos las mismas impresiones: los malos la reciben con burlas; los cristianos poco fervorosos la ven llegar con miedo; los buenos la acogen con regocijo, disponiéndose á aprovecharse de los preciados dones, que trae en sus manos, y que se apresta á repartir liberalmente entre los que de ellos se hacen dignos.

Este año sin embargo la aparicion de la Cuaresma tiene algo de más grave y solemne, que en otras ocasiones.

Estamos en los confines de dos edades; á un lado el famoso siglo XIX, uno de los más célebres de la

historia; á otro lado el siglo XX: aquel que se despi-  
de; éste que nos envia ya sus heraldos; el primero  
época de confusion, en que andan mezclados el bien  
y el mal; el segundo aurora, segun muchos, del dia  
de la claridad.

Y ciertamente, si despojándonos de todo preju-  
cio, estudiamos imparcialmente las cosas, hallaremos  
en la centuria que nos deja, ruinas amontonadas en  
todas partes por su piqueta devastadora, y juntamen-  
te glorias inmarcesibles, conquistadas por su espíritu  
de investigacion y su hambre y sed de bien, no siem-  
pre rectamente encaminados; y si á lo porvenir en-  
derezamos la mirada, no podremos evitar esa extra-  
ña emocion, en verdad indefnible, que surge en el  
pecho, cuando los temores y las esperanzas se re-  
vuelven y se mezclan.

Como quiera que sea, los instantes son, segun  
hemos indicado, y todos han de reconocerlo y con-  
fesarlo, solemnes; aumentándose esa su solemnidad  
al presentarse la Cuaresma, hora de serios pensa-  
mientos, de reflexiones profundas, de hondas medi-  
taciones; tiempo apropiado para verificar nuestro  
balance, para ajustar nuestras cuentas con Dios; mo-  
mento en suma de tomar las medidas que reclama el  
estado de nuestros fondos, pagando religiosamente  
deudas pasadas, y procurando acrecentar nuestro  
caudal y nuestras rentas para lo porvenir.

¿Qué debe ser, pues, para nosotros la Cuaresma  
de 1900?

He aquí la pregunta que nos hemos dirigido á  
nosotros mismos al tomar la pluma á fin de escribir  
á nuestros diocesanos la acostumbrada carta pastoral.  
Contestarla lo mejor que podamos será el asunto

único de este pobre y humilde documento. Plegue al Cielo que sepamos hacerlo en manera que lo que digamos sirva de edificación y provecho á nuestros hijos, á quienes entrañablemente amamos, aunque no falte quien lo dude, llamando ovejas sin pastor, porque suponen que no las atendemos como debemos, á los miembros de nuestro rebaño.

Desde luego afirmaremos sin temor de que nadie nos contradiga por ser verdad innegable, y que se halla en la conciencia de todos, que sea el que quiera el concepto que se forme del siglo XIX, impónese la necesidad de que las corrientes tomen direccion nueva, toda vez que dejándonos llevar de su presente impulso, irremisiblemente iremos á dar en el abismo.

¿Qué deberemos hacer? Lo hemos dicho: hay ruinas; pues cúmplenos repararlas: hay gérmenes de salud; pues tócanos fecundarlos: hay en fin elementos quebrantados, gastados, echados á perder; pues debemos renovarlos.

Labor de reparacion, labor de fecundacion, labor de renovacion; he aquí cuál debe ser nuestra obra durante la Cuaresma de 1900.

## I.

Las primeras ruinas que nos salen al encuentro, cuando recorremos el campo del siglo XIX, son las de la fé.

Háse extinguido esta en muchas almas. Las hojas que lanzan á la luz del mundo las prensas, y que están en su mayor parte impregnadas, por decirlo así, de incredulidad; los folletos que se multiplican, cuando se pone sobre el tapete, valga la palabra, to-

da cuestión de interés, y en los que preside las más de las veces un criterio, que nada tiene de cristiano; los libros que se publican en mil idiomas y sobre materias diversas, en los cuales muy á menudo se fulmina sentencia de «absurdo» contra las creencias de nuestros mayores; las doctrinas erróneas, que vierten en sus cátedras, profesores que todo son menos ortodoxos; las máximas que propalan en públicas juntas ó asambleas, bautizadas con nombres varios, los hombres del radicalismo, han creado una atmósfera no solo de indiferencia, sino aun de hostilidad contra la Religión; atmósfera envenenada, que respira el adolescente desde el momento en que se juzga apto para discurrir por sí, y que no tarda en dar al traste con las enseñanzas que recibió de un padre y una madre, dignos de ser propuestos por modelos.

La historia del desventurado Jouffroy, con tanta elocuencia narrada por él mismo, y donde nos cuenta con verdad desgarradora las luchas, que hubo de sostener su alma antes de abandonar la fe, y el estado de inmensa desolacion en que quedó sumido el dia en que dió á esta brillante antorcha el violento soplo que la apagó, se repite con frecuencia, y á cada instante encontramos convertidos en impudentes apóstatas á jóvenes, que eran encanto y delicia de los que los trataban, por lo atractivo de su modestia y lo bello de su piedad.

Y no solo en adolescentes, en hombres formados y aun maduros por los años y por la experiencia, y en pudorosas doncellas, en esposas y en matronas ha causado desastres análogos el viento de la incredulidad.

Si despues de registrar el corazon del individuo, penetramos en el hogar, que era en otro tiempo un santuario, donde tenian altares Cristo y María, respirándose un aroma más suave que el de las flores, por que era el aroma de la devocion, y en el que resonaban á diario plegarias que recitaban juntos el padre y los hijos, y que se parecian al canto de los Angeles, hallaremos que ha variado completamente de aspecto; ya no es santuario, es salon de recreo ó más bien coleccion de salones, ó museo artístico; ya no hay allí altares, y la imagen de Cristo y de María han sido sustituidas por estatuas clásicas, cuya desnudez hace bajar los ojos al más despreocupado; ya no está perfumado por la devocion aquel ambiente, sino por la profanidad, y en vez de los himnos sagrados se oyen cantares provocadores de todas las pasiones.

Es que la fé no reina, sino ha muerto tambien, en los hogares.

Y si despues de esto preguntamos á cómo estamos de fé nacional, nos responderá la mayoría de los pueblos, mostrándonos sus códigos, en los que se consagra el ateismo del Estado, sus escueles, de las que ha desaparecido la Cruz Redentora, sus ateneos, en donde se predicán las doctrinas más impías, los escombros de cien y cien conventos... y la Roma de los Papas convertida por obra y gracia de los pueblos que se llamaron siempre católicos, en la Roma de los Humberto y de los Crispi.

La cristiandad, la antigua cristiandad, esa federacion de las naciones cristianas, como la ha llamado un autor moderno, y que conservaba incólume el sentimiento del derecho ¿dónde está?

Ruinas, las ruinas de la fe es lo que hallamos á nuestro paso, ruinas que urge reparar.

Pero ¿cómo? ¿no es la fe un tirano para la inteligencia? ¿no juega y se divierte con esta, haciéndola aceptar lo que no comprende? ¿no le cuenta cuentos fantásticos, como á los niños, obligándola á que los admita á modo de hechos ciertos? ¿no ha conseguido la ciencia convencer de falsedad á la fe?

Todo eso propalan nuestros enemigos; pero nada es exacto. Lo incomprendible no es argumento, que ninguna persona seria puede aducir contra la fe, pues hechos del orden natural existen á millares, que nadie osa negar, por que los tocamos, y que no alcanzamos cómo se verifican.

Los relatos bíblicos, que suelen relegar á la categoría de las fábulas los espíritus ligeros, ó descansan sobre pruebas, á las que por fuerza ha de rendirse toda razon sana, ó son susceptibles, porque la Iglesia nada ha decidido sobre el sentido de algunos de ellos, de interpretarse y entenderse de modo que la humana ciencia nada tenga que objetarles.

Esto aparte de que la ciencia da por averiguadas con harta atrevimiento teorías, que no salen de la esfera de las hipótesis.

Por otro lado ¿no contamos entre los nuestros sabios que han sido y son la gloria del género humano, sin que sus vastos conocimientos les hayan impedido tener una fe sencilla como de niños? ¿no hemos visto muchas veces á eminencias científicas, que combatieron ardorosos las doctrinas católicas, deponer las armas ó rendirlas, convirtiéndose en celosos Pablos los que fueron Saulos perseguidores?

Lo que hay es que ó no se oye á la Iglesia, ó se la oye con malas disposiciones; pero el alma humilde, que busca la verdad, queda convencida cuando

la Maestra divina le habla, porque de sus labios brota luz, la luz de Cristo que persuade, convence, satisface, llena el corazón y el espíritu.

He aquí una parte principal de nuestra labor en la Cuaresma; sentarnos á los pies de la Iglesia, oír sus enseñanzas, ponderar y avalorar sus dogmas, y avivar así nuestra fe y procurar avivarla en los demás.

Con esto lograremos, en cuanto está de nuestra parte, reparar esas deplorables ruinas, sobre las cuales llora nuestra Madre la Iglesia, á la manera que lloraba Jeremías sobre Jerusalem y su templo, destruidos por el furor asirio, ó como lloraba la viuda de Nain sobre el cadáver de su hijo único.

## II.

Entre los elementos esenciales á toda sociedad hay uno, sin el que no es posible á esta dar un solo paso; la autoridad. Existe por lo mismo la autoridad en todas las sociedades: en la conyugal, en la familia, en el pueblo ó nacion, en la Iglesia. Un grupo de hombres sin autoridad que los guíe es un barco sin timon; es un ejército sin general; es literalmente hablando, un puñado de gente sin lazo de union y sin concierto alguno.

La autoridad posee atributos, que le son propios. Regir y gobernar es su funcion peculiar; pero encaminada al bien comun, falta á su mision augusta desde el instante en que, ó fuerte en demasía, oprime á los que de ella dependen, ó floja por extremo, permite que cada uno obre y se mueva segun su capricho, siendo el despotismo y la tiranía ó la anarquía y el desorden los dos escollos contra los cuales ha de

precaverse la autoridad, si no ha de naufragar deshecha y despedazada contra el uno ó contra el otro.

Desgraciadamente la historia nos demuestra que los abusos de la autoridad han sido muy frecuentes en los siglos que caen del lado de allá de la Cruz, y donde esta no ha sido ni es conocida todavia; y mil nombres de príncipes aparecen marcados con el estigma de los tiranos, y mil instituciones, destinadas á regir pueblos no monárquicos, con el sello oprobioso de las oligarquías anárquicas.

El Cristianismo fué quien reveló al mundo en toda su magnificencia la autoridad, declarándola hija del cielo; amiga, no enemiga del género humano, bienhechora, tutelar, protectora de los mortales.

Ni se limitó á esto solo la labor del Cristianismo respecto á la autoridad; pues además de fortalecerla con sus sanciones, é imponiendo deberes severísimos á los que á ella viven sometidos, la convirtió en dulce y amable, infundiendo en sus depositarios el sentimiento, la conciencia de sus oficios verdaderamente paternos.

Con lo que, y alzando enfrente de los demas poderes el poder eclesiástico, que los fiscaliza y enfrena y que levanta la voz cuando cometen excesos, hizo difíciles los desmanes, y llana la vuelta al buen sendero de los extraviados.

La autoridad, así entendida, es don del cielo; elemento necesario de vida y de orden para las sociedades, fuente de bienestar, principio, origen y causa de legítimos progresos.

Pues ahora, entre las ruinas, que tenemos delante, y que entristecen el ánimo, cuéntase la del principio de autoridad.

La autoridad hoy es por un lado la fuerza. Con los débiles, ó los que débiles reputa, muéstrase vigorosa, enérgica, firme y resuelta. Así se conduce con la Iglesia y en todo lo que á la Iglesia concierne; y si de ello se duda, recuérdese lo que acaba de suceder en Francia con los Asuncionistas; y la manera como ha tratado aquel Gobierno, que se dice libre, al Venerable Cardenal Richard, merecedor de toda suerte de respetos por su alta dignidad y juntamente por sus canas, las que sin embargo no lo han librado de las acerbas y casi diríamos groseras censuras del Presidente de la República, quien le ha imputado á delito el haber visitado, á fin de consolarlos en sus penas, á hijos amados, que gemían bajo el peso de un fallo condenatorio.

En cambio con los fuertes ó con los que cree fuertes es la autoridad floja, y por no salir de Francia, ya que la hemos nombrado, aduciremos como ejemplo demostrativo de lo que afirmamos el proceso Dreyfus, el más irregular que ha pasado por los tribunales de pueblo alguno, y en el que la autoridad puso de manifiesto su debilidad, ó sea que la tenia sobrecogida el miedo.

Perdido por estas causas el prestigio de la autoridad, no se la considera, no se la respeta, no se la ama; se la obedece á la fuerza; mirándola como potente enemigo, al que no se puede resistir.

Así se explica el espíritu de rebelion, que es el distintivo de nuestro presente edad, y que en todas partes hace sentir su funesto influjo, produciendo entre los esposos discordias interminables, que convierten el matrimonio en yugo durísimo; en la familia querellas sin cuento; en la sociedad revoluciones

y trastornos constantes, que son obstáculo á su marcha progresiva, y hasta en la Iglesia los cismas, las herejías, y la situacion, en que respecto de ella se han colocado muchos de sus hijos.

Nótese en efecto que en los pueblos modernos, que no han renegado de su fe, esas grandes agrupaciones que constituyen los partidos políticos, se componen de hijos de la Iglesia; y esos hijos de la Iglesia hostilizan á esta, su Madre, desconocen sus derechos y prerrogativas, discuten con ella como de potencia á potencia, y en una palabra, recusan su indiscutible autoridad.

Cierto que no faltan todavia quienes saben cumplir en este punto con su deber; y que cuando la Iglesia ó el Papa hablan, imponen silencio á su pensamiento, enmudecen y se someten á lo que el Papa ó la Iglesia les prescriben, sin oponer argumentos, con docilidad perfecta, con gozo del alma, viendo en la autoridad del Papa y de la Iglesia la autoridad del mismo Dios.

Pero estos hechos no destruyen el juicio antes formulado.

El cisma, la herejía, la resistencia á la Iglesia y al Papa son una verdad tristísima. ¿Hallaríase, si así no fuera, Leon XIII en la situacion en que le vemos, confinado en un palacio, que no por ser palacio, y estar lleno de gloriosos recuerdos y de atesorar riquezas artísticas y arqueológicas de incomparable valía, deja de ser una cárcel?

Convengamos en que el principio de autoridad está en ruinas, y para repararlas importa mucho que nos dediquemos en la Cuaresma á practicar y aprender la obediencia.

Desde luego el ayuno, la abstinencia, el retiro, el recogimiento, la oracion, que son las prácticas de la Cuaresma parecen duros á los hombres de nuestro tiempo; y aun algunos los censuran, considerándolos antiguallas inconciliables con el espíritu libre de los presentés días; pero por lo mismo que han de costar sacrificio, someterse á ellos es acto de obediencia y de superior mérito, y constituirá valiente protesta contra la rebeldía de tantos fieles, para los que la Cuaresma no se diferencia del resto del año.

Y para amaestrarnos bien en la obediencia debemos pensar que no es esta, como muchos se imaginan, servidumbre ignominiosa, esclavitud insoporable, sino indeclinable consecuencia de nuestra condicion.

Somos criaturas, es decir, obra de Dios, que nos crió, y que siendo poder infinito, infinita misericordia é infinito amor, no ha podido menos de intentar, al sacarnos de la nada, fines dignos de sus incomparables atributos y perfecciones, trazándonos reglas para la ejecucion y cumplimiento de ellos. De aquí se infiere que somos seres dependientes, subordinados... y de aquí surge la necesidad de un poder, que nos gué y dirija, que en nombre de Dios legisle, y al que vivamos sumisos y rendidos.

Obedecer es, pues, una necesidad de nuestra naturaleza, y nuestra obediencia debe ser amplia, abarcando desde el padre y la madre que nos engendraron, hasta el jefe que nos gobierna como pueblo ó nacion, desde el Superior de quien dependemos hasta el Papa, Vicario y representante de Cristo en la tierra.

Cierto que la obediencia tiene sus límites, que

no es esta ocasion de trazar; pero no es dado negar que obedecer constituye uno de nuestros más apremiantes deberes, y una de las imperiosas exigencias de nuestra época, si se han de reparar las ruinas del principio de autoridad.

### III.

Las costumbres de los pueblos han sido privilegiado objeto de la atencion de los historiadores. De su estudio en efecto han sacado importantísimas consecuencias; como que en las costumbres se retrata la fisonomía moral de la sociedad, y se pinta y dibuja su alma.

Al advenimiento de Jesu-Cristo á la tierra el cuadro de las costumbres públicas y privadas era verdaderamente aterrador. Los hogares de familia habíanse convertido en lupanares, teatro de todas las corrupciones. Los procónsules y delegados del César en las diversas regiones del imperio solian ser bandidos, que robaban á mansalva los fondos del Estado y los de los particulares. Los mismos Césares daban ejemplo de lujuria, de gula de avaricia y de crueldad.

Los Apóstoles predicaron en nombre y por encargo de Jesu-Cristo el Santo Evangelio, y alzóse en medio del pueblo pagano, tan disoluto y tan corrompido, el pueblo cristiano, recto, austero, entusiasta de lo bueno, y generoso hasta arrostrar los mayores sacrificios para alcanzar la virtud.

En pos de los Apóstoles, sembradores del buen grano en el campo del Padre de familias, se deslizó el hombre enemigo, y dejó caer zizaña, que creció á su



hora, merced á lo cual las costumbres sufrieron alternativas. Hubo tiempos, en que todos los discípulos del Crucificado parecian santos; y hubo tiempos en que las virtudes se refugiaron en la soledad, y en medio del mundo solo nacia alguna que otra flor, que exhalara el exquisito aroma de lo divino.

No vamos nosotros á narrar aquí la historia de las costumbres cristianas desde los albores de la Religion hasta la fecha, trabajo que nos llevaria demasiado lejos; y nos contentaremos con afirmar el hecho presente de la ruina de las costumbres cristianas.

No nos costará por cierto grande esfuerzo probar esta verdad tristísima.

Los periódicos nos dan la labor perfectamente concluida al referirnos la crónica diaria de los sucesos: notemos lo que dicen.

Dos conspicuos personajes, de esos que no se hallan á veces muy lejos de las gradas del trono, dejándose llevar de inmoderados arranques, que se compadecen muy mal con el juicio y aplomo, propios de los años y la posicion, se insultan, y deciden lavar con sangre la afrenta, por uno de los contendientes recibida, batiéndose en mortífera lid. La cosa no puede ser más insensata; hállase además en abierta oposicion con las máximas de caridad y justicia, que inspira el Evangelio: constituye en fin un pecado grave, gravísimo, al que va unida excomunion. No importa. El duelo se verifica, y la inmensa mayoría lo aplaude, como si se tratara de hazaña heroica.

Desdichas, dolores y tribulaciones afligen á un individuo; en los tiempos de piedad habria encontrado ese infeliz en su fe valor para soportar su menguada suerte con resignacion y con noble entereza; hoy

apela al suicidio, y todos los dias nos habla la prensa de miserables que se dispararon un tiro, ó que se arrojaron á honda sima, ó que de otra manera pusieron término á sus dias.

Leed los anuncios de espectáculos: las comedias y los dramas más inmorales, las piezas de eso que hoy llaman el género chico, y en las que la pornografía más desenfrenada hace ostentoso alarde de sus primores, son lo que gusta y se celebra.

Si os fijais en las publicaciones, que se intitulan ilustradas, porque en medio de su texto aparecen en gran muchedumbre grabados, fototipias etc., que aclaran el sentido de lo que el mismo texto dice, tendreis frecuentemente que apartar con repugnancia y nauseas los ojos, porque aunque no seais beatos, y solo poseais el instinto del pudor, os será imposible mirar tan asquerosas desnudeces, y en ocasiones tan lúbricas escenas.

La embriaguez abunda en tal manera que de algunos años acá se han escrito artículos, folletos y hasta libros sin número sobre el alcoholismo y sus destructores efectos, porque se ha creido necesario poner de manifiesto, para atajar mal tan grave, que ni desde el punto de vista de la moral, ni desde el de la higiene es la embriaguez un vicio inocente.

El juego pone en peligro á cada instante las grandes y las pequeñas fortunas, pues los que blasonan de ilustrados y los humildes hijos del pueblo todos juegan.

La liviandad es tan general, que nos sentimos tentados á repetir las palabras de la Escritura, á propósito del estado del mundo cuando acaeció el diluvio: Toda carne ha corrompido sus caminos.

Si nos ocurre un asunto delicado, del que no podemos encargar á persona, que no sea de confianza, árdua empresa será buscarla; y si entregamos en préstamo suma relativamente considerable, no nos estimaremos seguros ni con recibo, ni con pagarés, ni con escrituras, ni aun siquiera con hipotecas.

El cuadro no puede ser mas sombrío; y sin embargo no creemos haber recargado sus tintas. El nos demuestra que las costumbres están en ruina.

Pero para eso viene precisamente la Cuaresma. La Iglesia la inaugura con aquellas palabras del Profeta Joel: *Convertimini ad me... scindite corda vestra et non vestimenta vestra... Quis scit si convertatur et ignoscat et relinquat post se benedictionem*, (II—13 y 14). Convertíos á mí... rasgad vuestros corazones, no vuestras vestiduras.—Acaso se mudará su semblante, y nos perdonará y dejará tras de sí la bendición. Y no ya anuncia la Iglesia, sino nos promete solemnemente, que aunque nuestras culpas nos hayan puesto el alma mas roja que la escarlata se tornará mas blanca que la nieve por la virtud omnipotente de la divina misericordia. El remedio está en nuestras manos. Confesemos compungidos nuestros delitos; borrémoslos con el llanto del arrepentimiento, y emprendamos nuevos caminos. Así renacerán las antiguas costumbres cristianas, y á nosotros nos cabrá la dicha de haber contribuido á esta reparacion.

#### IV.

¿Estamos perdidos sin remedio? Esta pregunta nos hacemos muchas veces, y en ocasiones al intentar responderla, sentimos que se apodera de nos-

otros un como espíritu pesimista, que todo nos lo hace ver negro; pero en realidad no hay razón para que desconfiemos: todavía existen gérmenes de bien, que cultivados darán su fruto.

Y ante todo advertimos que aun queda en el pueblo una gran dosis de buen sentido. Mucho se ha trabajado y se trabaja por enloquecerlo; explotadores sin conciencia predicánle doctrinas subversivas, que halagan sus pasiones, y por este medio lo levantan contra todo lo que sirve ó puede servir de obstáculo á sus criminales aspiraciones, es decir contra la Iglesia, contra lo tradicional, contra las bases fundamentales sobre que se asienta la sociedad.

Pero por fortuna el enloquecimiento, si existe, hasta la fecha no ha llegado á ser completo. Cuando á los desgraciados se les dice: Vais á ser dichosos, y yo os traigo el elixir de la felicidad. Hoy sois pobres. Mañana no lo sereis: se hará el reparto universal de los bienes de los ricos, y nada os faltará. Ahora teneis que trabajar penosamente. Luego vuestro trabajo será suave y dulce, porque trabajarán todos, y no sereis vosotros los únicos que derrameis vuestros sudores para que gocen los opulentos. Vivís en lóbregas viviendas, respirando aires malsanos, mientras muchos moran en soberbios palacios. Ya no sucederá así: la comodidad y el bienestar serán patrimonio comun de los de arriba y de los de abajo. Con vosotros no se cuenta para nada: sois anónima muchedumbre, de las que unos cuantos disponen á su placer; pero no durará esto largos días; llenos de la conciencia de vuestro valer, hareis cambiar la faz de las cosas, y en vez de ser arrastrados, arrastrareis á los demás. Y discuriendo de esta manera, y po-

niendo el cuadro de las miserias presentes del pueblo y el cuadro de las glorias futuras que le aguardan, el uno en frente del otro, claro está que la seducción es inevitable.

Mas ¡ay! el pueblo tiene el secreto instinto de la verdad. Y cuando á los que para sublevarlo claman contra los ricos, ve amontonando oro, y á los que truenan contra los sibaritas que comen á costa del obrero, dándose trato de príncipes, y á los que maldicen las cadenas de la opresion, atando al carro de sus triunfos á las multitudes, y á los que hablan en todos los tonos imaginables de igualdad y fraternidad erigiéndose en señores, y á los que gritan: Todo para el pueblo; procediendo como si el pueblo fuera para ellos, exclusivamente para ellos, dice: Se nos vende, se nos engaña, no son éstos apóstoles de verdad, sino de mentira.

La lógica es más persuasiva que la elocuencia con todos sus primores, con sus deslumbradoras galas y sus mágicas imágenes: á ella nadie resiste, y la lógica del pueblo es una lógica inexorable, que sentados los principios, saca hasta las últimas consecuencias.

La revolucion francesa con todos sus horrores, fue la postrera proposicion de un sorites, cuya primera premisa asentó Lutero.

Lo mismo es la lógica popular en el orden del bien, que en el orden del mal; por eso cuando observa que los que llamándose sus amigos, condenan la conducta de sus opresores, hacen sin embargo lo que estos hacen, proclama muy alto: No sois vosotros mis redentores; no puedo fiar en vuestras palabras.

Y ved aquí una de las razones que explican el

éxito casi siempre prodigioso de las Misiones católicas.

Interviene en el asunto, no hay duda, la gracia de Dios, cuya fuerza es incontrastable. La gracia va en efecto delante del Ministro evangélico, preparándole el camino, y ablanda los corazones, y abre surcos en las almas, y quita las piedras que pudieran estorbar la germinación del buen grano, y arranca las espinas y las hierbas que ahogarian la semilla.

Mas á esta eficacia sobrenatural de la gracia se añade la del buen sentido de los hijos del pueblo. Preséntase el Misionero pobremente ataviado, sin mas bagaje que la caja, donde lleva crucifijos, rosarios y libros devotos, que repartirá entre los niños y los adultos; sin reposar sube al púlpito, solícito de convocar á todos lo que pueden oírle; y desde aquel momento no descansa: predica tres y cuatro veces cada dia, lo mismo en la Iglesia que en la calle; se sienta en el confesonario antes de que el sol amanezca y no se acuesta hasta muy tarde; recibe á todos con bondadoso semblante; á todos consuela; á todos aconseja y á todos anima.

¿Qué pretende éste, se pregunta el pueblo? ¿Ganar oro? Es imposible; un pobre estipendio suele ser todo lo que el Misionero recoge para proseguir su tarea. ¿Lucir la elocuencia y la sabiduría? Tampoco: sermones y pláticas sustanciosos, pero desnudos de todo ropaje ó adorno son los que el Misionero pronuncia. ¿Ostentar celo y virtudes que no tiene? ¿Y de qué le serviría?

No: dice el pueblo, discurriendo cuerdamente ante este espectáculo: Ese hombre es un hombre de Dios: no se busca á sí propio, ni va tras honores y

gloria: busca á Dios; me busca á mí; nada quiere de la tierra, sino del cielo: de él me puedo fiar: no es un explotador engañoso: no es un mercader interesado.

Así cuando el Misionero ha sido visto de cerca, y se han observado sus pasos, y se le ha tratado, los niños le rodean y le rodean los adultos, y los altos y los bajos, y los que ejercen autoridad y los que no la ejercen se precipitan á su paso, y lo saludan como mensajero celeste.

Este buen sentido popular, que se manifiesta no solo en los hechos citados, sino en otros muchos ¿no constituye una bien fundada esperanza para lo porvenir?

Pues bien; fecundar este germen, por los medios de que disponemos, con el ejemplo, con el consejo, con el aviso oportuno, y fomentando las escuelas católicas de la niñez, los centros ó círculos de los adultos, las enseñanzas de la doctrina cristiana etc. etc. debe ser uno de los pensamientos, que revolbamos en nuestra mente durante la Cuaresma, y aun mas bien que pensamiento, ha de constituir una de las principales obras en que nos ocupemos en estos dias de bendición, no olvidando que si damos á conocer á Dios á los que lo ignoran, Dios nos pagará la caridad, otorgándonos aquello que Jesucristo llama la vida eterna, que es conocer al Padre y á su enviado Cristo.

## V

Cercano pariente del buen sentido, casi su hermano, es el sentido moral. Aquel puede llamarse el instinto de la verdad; este puede intitularse el de la

justicia; pero ambos son preciadas joyas, con las que Dios enriquece á los pueblos que desea salvar. Desgraciadamente más pronto y más facilmente se pierde el sentido moral que el buen sentido, de lo cual tenemos doloroso testimonio en la historia del mundo antiguo.

El paganismo con sus dioses, convictos de adulterio, de raptó y de todos los crímenes; con sus orgías en las que reinaba la intemperancia; con sus espectáculos de sangre, entre los cuales se contaban los juegos de los gladiadores y las neumaquias, con su esclavitud, que convertía en animales de carga á las tres cuartas partes del género humano, no podía menos de ejercer una influencia desastrosa sobre el sentido moral.

No nos atrevemos á sentar que habia muerto totalmente, por que se levantarían á desmentirnos Sócrates y Ciceron á pesar de los grandes lunares que los afean, y las nobles matronas que emularon los ejemplos de Cornelia, y aquellos padres celosos del pudor de sus hijas, que no las permitían presentarse en las fiestas saturnales ó bacanales, en que la obscenidad más asquerosa venía á constituir la nota característica.

Debíase la conservacion de esos restos de sentido moral á varias causas. Lo primero es que Dios ha sembrado tan hondo en el corazon el sentimiento de lo justo y de lo recto, que apenas si hay mano, por larga que sea, que alcance al sitio en donde se esconden sus raices.

El Verbo divino por otro lado jamas ha abandonado á su privilegiada criatura, el ser racional, y los santos Padres están conformes en reconocer que la

accion bienhechora del Verbo en la gentilidad es uno de los hechos mejor caracterizados de la historia.

Y á la accion directa del Verbo se añadía, segun los grandes Doctores eclesiásticos, la que ejercia por medio de los Angeles, ministros siempre de su misericordia para con los mortales.

De otra suerte, esto es, si algo de sentido moral no hubiere quedado, en la tierra al venir á ella Jesu-Cristo, el lenguaje del Divino Salvador no habria sido acaso comprendido por nadie, á no ser mediante un auxilio extraordinario de la luz sobrenatural.

El Maestro celestial apareció entre nosotros como un foco inmenso de claridad. A su vívido resplandor el pueblo sentado en las sombras vió, llegando sus rayos hasta los últimos confines del horizonte.

El sentido moral fué desde luego cumplidamente rectificado en los que andaban cerca de Jesu-Cristo y formaban su escuela; extendiéndose la bienhechora influencia de esta á los mismos paganos. Hoy se tiene por verdad averiguada que las máximas famosas de Séneca y Epícteto son robos hechos al cristianismo, ó bien por que ya flotaban en la atmósfera, ó bien porque Séneca conoció á S. Pablo y le oyó y admiró, estando en uno y en otro caso en perfecto acuerdo con el sentimiento, grabado por la mano de Dios en nosotros, de lo justo y de lo recto.

La victoria definitiva del Cristianismo fué la victoria del sentido moral; si bien en medio de las convulsiones de pueblos incesantemente agitados él experimentó tambien sus alternativas. Sin embargo, vivió en todas partes con mas ó menos brillantez, debiéndose este hecho á la permanencia en Roma, de la Cátedra de Pedro. De allí en efecto salían conti-

nuamente ráfagas de clarísima luz; tales eran las decisiones de los Papas sobre los puntos que se les consultaban: de allí enérgicas protestas contra las violaciones de la justicia y el derecho; de allí anatemas á todos los malvados, con lo cual Roma conservaba vivo el sentido moral no solo entre los católicos, sino aun fuera del campo de la Iglesia, porque su influjo trascendía á todas partes.

Roma no es hoy lo que era. De Inocencio III á Pio IX y Leon XIII media, por lo que al prestigio de la Silla Pontificia toca, distancia incomensurable; pero así y todo cuando el Papa se mueve, el orbe se extremece, y cuando habla los mundos lo escuchan.

Por eso no es hoy fácil que el sentido moral sufra los quebrantos que sufrió en los dias antiguos; y por eso los restos de él que vemos esparcidos por todos lados, son para nosotros un consuelo indecible, una gratisima esperanza.

Andarán en efecto los hombres amantes del bien buscándolo al modo de San Justino el Martir, y cuando se convenzan como Justino de que no lo encontrarán ni en Aristóteles, ni en Pitágoras, ni en el mismo Platón, dirán: Vamos á Cristo, y en Cristo hallarán colmadamente cuanto ambicionaban, siendo para ellos la vida, delicia inefable, perpétua fiesta, *feria interminabilis*.

Pues he aquí otro de los gérmenes que conviene fecundar durante la Cuaresma, trabajando en llevar á la vida práctica de la fe y de la piedad á los tibios, á los reacios y á los renitentes.

Esta es labor de muchos; del padre respecto á sus hijos, del jefe de familia en cuanto á sus domésticos, del superior de toda dependencia en orden á

sus subordinados, y en una palabra de todo aquel que goce autoridad y ascendiente sobre algunos.

No nos estemos, pues, quietos; sino procure cada cual hacer lo que pueda en esta empresa, sin detenerse ante imposibilidades fantásticas, que suelen abultar la imaginacion y el miedo. Quizá el hombre de quien recelábamos repulsa violenta, solo aguarda que le digamos: Venid, para lanzarse en nuestro seguimiento y en demanda de Jesu-Cristo. Los secretos del pecho son misterio impenetrable: y mil veces padecemos lamentable equivocacion al juzgar á nuestros hermanos, hallando duro al que creíamos á dos dedos de la conversion, y blando y dócil como la seda al que teníamos por inconvertible.

## VI

Es verdaderamente notable el espectáculo que el siglo XIX nos ofrece.

Su rebajamiento en momentos dados parécenos haber llegado á lo sumo, y en efecto, lo encontramos rindiendo culto á fruslerías, á grandes miserias, á lo más abyecto que se puede concebir.

El oro excita su sed, y por él comete los más repugnantes delitos, unas veces bautizados con el nombre de irregularidades, otras con el de filtraciones, otras con el de incautaciones, y en casos dados, tomando títulos más expresivos como «Panamá» por ejemplo.

El placer de la carne, que es el más bajo de todos los placeres, constituye sus delicias, y la pornografía, que por todos lados se respira, lo demuestra.

En suma, y por no repetir lo que ya antes hemos

indicado, los gustos del siglo son de decadencia, de rebajamiento.

Pero alternan con estos tan ruines sentimientos altísimas inspiraciones, que con aquellos se alían en abigarrada y singular mezcla. Todo lo grande le enamora: todo lo sublime le atrae; por todo lo superior delira.

No hay empresa, así sea la mas atrevida, que la juzgue imposible. ¿Qué serán los astros, se pregunta un dia? ¿De qué sustancias ó principios estarán compuestos? Y á poco inventa un instrumento ingeniosísimo, producto de un porfiado estudio y de una larga serie de observaciones, que le dice sobre poco más ó menos cuales son los elementos constitutivos de los cuerpos celestes.

Lo mismo perfora una dura montaña, abriéndose paso por ella para llegar al lado opuesto sin haber de trepar á la alta cima, que tiende un puente sobre el abismo para atravesar de una cumbre á otra cumbre, separadas por anchuroso espacio.

Si se le ocurre poner en comunicacion dos mares, no vacila, y hace que el istmo de Suez se convierta en canal, para que los barcos sigan su navegacion del Mediterráneo al mar Rojo; y se prepara á hacer otro tanto con el istmo de Panamá.

Ha logrado hablar á largas distancias hasta sin alambres telegráficos, transmitiendo la palabra aun sin hilos; ha conseguido ver, merced á los rayos catódicos ó rayos X, que ha descubierto, al través de los cuerpos opacos; ha aprisionado la palabra del hombre, y cada vez que quiere le hace repetir sus dichos y sus sentencias.

No hay obra por colosal que sea, que le infunda pavor.

Tan gigantes pensamientos revelan verdadera grandeza, de suerte que no puede afirmarse con verdad, como de otras cosas parece deducirse, que todo es pequeño, mezquino y ruin en el siglo XIX; hay en él algo levantado, y es esa sed de lo grande que lo distingue, y que nos permite esperar todavía, y esperar mucho.

Del hombre escaso de talento, pobre de espíritu, flaco de voluntad, corto en toda clase de facultades poco puede prometerse nadie en tésis general: será quizá un varon bueno, que edificará con su moderacion en las palabras, con su modestia en el traje, con su compostura en el templo, con su compasiva caridad, pero de ordinario no irá más lejos; no hará obras que admiren.

En cambio el hombre, á quien el cielo ha dotado de superior entendimiento, y quizá hasta de esa prenda envidiable que se llama el genio; que á las cualidades de la inteligencia junta las del corazon, y que sobresale por sus arranques, por sus potentes iniciativas, por su facilidad para ordenar y ejecutar vastos planes, podrá extraviado ser un personaje funesto, causa de grandes daños, porque será fuerte y poderoso para el mal; pero si por ventura la luz de lo alto entra en su interior y ve la verdad, será uno de sus mejores adalides y realizará portentos.

Así el P. Faber despues de haber peleado con el ardor de un soldado entusiasta por la causa del Protestantismo, convertido mas tarde á la fe católica, ha sido una de las mas puras y preciadas glorias de la Iglesia. Así Luis Veuillot, el hombre sin fe de su primera edad, llegó á ser, cuando creyente, uno de los mas queridos amigos de Pio IX, que supo

estimar su eminente talento, y los extraordinarios servicios que con él prestó á la Religion.

De una época, de un periodo decadente, en el que todo es raquítico y ni un relámpago brilla de luz ó de grandeza, no hay que aguardar sino la ruina. Pero de un siglo, en el que todavia quedan grandes pensamientos, lícito es prometerse cosas extraordinarias antes de que se hunda en el sepulcro.

Si un rayo del cielo lo ilumina, si á la claridad de ese rayo ve lo que nunca quiso mirar, á Dios en la soberana grandeza de su incomparable majestad, al Verbo, al Hijo de Dios inclinándose á la tierra y mostrando, vestido con el ropaje del hombre, los esplendores de su lumbre, á la Iglesia, la mejor de las madres, arrostrando persecuciones por salvar á sus hijos y sufriendo injurias y oprobios por el bien de estos... el siglo caerá de rodillas para quemar lo que ha adorado y adorar lo que ha quemado.

Quizá en medio de la confusion que reina en nuestro derredor, producida por el choque de tantas ideas y de tantas opiniones, algo se nota de esto.

¿Por ventura el Cristianismo ha perdido mucho de su prestigio desde los comienzos hasta el declinar del siglo XIX? Quizá ha habido momentos, en que ha parecido que se le obligaba á retroceder. Acaso en algunas determinadas comarcas ha sido anulada su influencia por las sectas masónicas y por el liberalismo. Pero abarcando de una mirada el mundo entero, se verá que el Cristianismo ha crecido, á pesar de tantos obstáculos como se han levantado en su contra.

Armense, pues, los creyentes de fortaleza para patentizar la grandeza de nuestra fe á este siglo idó-

latra de lo grande, y la obra se habrá consumado. El Cristianismo volverá á ser lo que fué.

Tal es la labor que les pertenece cumplir, especialmente en los días de la Cuaresma.

## VII

Existen hoy, decíamos al comenzar este escrito, ruinas que conviene se reparen. Hay gérmenes de bien que debemos fecundar; y hay, añadíamos, elementos quebrantados, gastados, que piden renovación.

Entre ellos, figura el humano pensamiento.

El estado, en que han puesto á este sus excesos, hállese á la vista. La confusion en las ideas ha llegado á tal extremo, que no hay palabras para expresarla. Apenas si se encuentran dos hombres, que se hallen acordes sobre un punto, aunque se trate de lo más importante, de lo más trascendental, que es dado concebir. Lo que el uno juzga bien, el otro lo juzga mal; lo que estima éste inspiracion, aquel lo apellida aberracion inexplicable.

De esta confusion puede formarse exacto concepto asistiendo á las discusiones de los Parlamentos, no solo en España, donde es fama que se abusa sobrado de la palabra, sino aun en todas las naciones sometidas al régimen parlamentario. La disciplina de partido hace que las voluntades, no los juicios, se aúnen en las votaciones; pero cada representante ó cada diputado piensa en realidad de diverso modo que los otros; tiene un criterio especial, una manera de ver característica. Por eso también las mayorías así formadas duran tan pocas horas compactas, vi-

niendo luego desprendimientos sucesivos, con los que se forman grupos nuevos con nuevas banderas.

Del mismo hecho encontramos revelacion clarísima en el periódico. Los millares de millares de hojas que ven la luz en Europa y en América no se diferencian mucho entre sí en cuanto á las noticias que publican; mas en cuanto á su manera de discorrir sobre los grandes problemas que agitan el mundo, no hay dos que estén contestes— ¿Qué más? Un mismo periódico no raras veces, después de haber sostenido con ardoroso empeño una opinion, defiende luego la contraria.

Si queremos todavía más datos en confirmacion de la confusion, reinante en las ideas, metámonos, provistos de las convenientes defensas, por que allí caen centellas y rayos, en el mundo de la filosofía independiente, que para nada cuenta con la fe. Nos será imposible enumerar los sistemas y calificarlos y contar luego y juzgar los grupos nacidos en su seno por disidencias de mayor ó menor cuantía.

Supone esto que los excesos del librepensamiento han descompuesto, séanos lícito decirlo así, la máquina, el lente, el ojo de la inteligencia, resultando que en cada momento y en cada postura que toma ve los objetos á su manera, castigo merecidísimo, impuesto por la suprema justicia á los que, sacudiendo el yugo saludable de la Religion, han dicho al modo de aquellos antiguos israelitas, á quienes alude el Salmista: *Labia nostra a nobis sunt*, ó en lenguaje más acomodado al hoy usual y corriente: Somos libres para hablar y pensar en toda materia como nos plazca.

El término final, á donde lleva á los hombres



esta situacion de los entendimientos, ya se presiente, casi se toca, es el escepticismo; que hoy como en los dias de Pilatos, hay quien ó no cree en la verdad, ó se persuade de que á lo menos no se ha hecho para nosotros; lo cual es el colmo de la desolacion para el espíritu humano, que por la verdad suspira, y carta de seguridad ó salvoconducto para todas las monstruosidades de la mente y del corazon, los que cuando la verdad no los sujeta, se precipitan de sima en sima hasta lo mas profundo del abismo.

Hacer entrar en la inteligencia los principios cristianos, asentarlos firmemente en ella, ponerlos en condiciones de funcionar, y de que de sus entrañas surjan sus naturales consecuencias, será modo de renovar el pensamiento, devolviéndole la conciencia íntima de su destino, la certidumbre de la existencia de la verdad, y el aliento para lanzarse á nuevas investigaciones en el campo de lo cognoscible, sin soltar por de contado las ataduras de la fe, que son como las andaderas del niño, con que se preserva de sendas caidas, ó como las cuerdas con que se liga el que sube á la cúpula de altísima torre á fin de evitar horrible catástrofe.

¿Y cuando mejor podrá esta obra ejecutarse que en la Cuaresma, tiempo en que se renuevan las campiñas, se renuevan las aguas de los arroyos, se renueva la sangre en los seres vivientes, se renuevan los espíritus, y todo parece hablarnos de renovacion?

## VIII

Entre las maravillas ejecutadas por la mano de Dios hay una, cuyo estudio nos anonada y confunde,

porque á veces nos parece una fuerza de empuje in-contrastable, á veces movediza veleta, juguete de los vientos. Nos referimos al corazon humano. Nada se ha hecho grande en el mundo, en que él no haya tomado parte, y parte principal, tan principal como que sin su cooperacion los proyectos más notables y mejor concebidos no habrían pasado de los confines de la teoría. Y á la vez las mayores ruindades, que vemos y tocamos todos los días, y que llenan de vergüenza al linaje de Adan, son su obra.

¡Admirable corazon humano, tan noble en ocasiones, tan mezquino á veces!

Del corazon humano podemos decir hoy lo que del pensamiento, está echado á perder, estropeado. Y si quereis convenceros de la exactitud de este aserto, observad y estudiad: se os presentarán multitud de corazones metalizados, que han venido á este estado sin que lo sospechen ellos mismos, porque aunque amantes del oro, lo han buscado siempre, segun dicen, como recurso necesario para las exigencias de la vida y á fin de hacer frente á las contingencias de lo porvenir, nunca por desordenada passion, encontrareis otros llenos de tierra, por que no viven ni se alimentan sino del polvo, circunscribiéndose sus ambiciones á gozar de la existencia presente, y sacarle el jugo posible: no pocos vereis frívolos, ligeros, tornadizos, aficionados como las mariposas á volar por la campiña y libar de flor en flor; más ¡ay! corazones grandes, enamorados de los altos hechos de la santidad, entusiastas por las generosas empresas de la virtud y decididos á arrostrarlo todo para llevarlas á término escasean entre la muchedumbre, y tanto escasean que por milagro si tropezamos con uno de ellos.

Por eso se lamentan todos en estos días aciagos de la falta de caracteres. Aquellos hombres enteros de las edades pasadas, que no se doblegaban por nada, que no cedían ante ningún género de asedios, sino á todo trance mantenían firme la bandera de sus principios y doctrinas, no se ven. La debilidad, que se somete al porfiado embestir de los que se empeñan en rendirla; la inconsecuencia, que hoy proclama una teoría y mañana la echa á rodar por los suelos, á causa de que los intereses que la hicieron pronunciarse en un sentido han cambiado; la veleidad... he aquí las notas distintivas de los hijos de la edad moderna. Hay quien estima esto un progreso. Es, dicen algunos, que han desaparecido añejas intransigencias; es que nos vamos haciendo más tolerantes, más condescendientes, más fáciles á inclinarnos al parecer ajeno: es que la *ductilidad* va ganando á la severidad intratable parte del campo. ¡Plugiera á Dios que fuese así! Pero no es eso. Es que no se lucha hoy por principios, que tienen honda raíz en la mente, y en cuyo favor echa el corazón todo su peso; sino que no hay otra bandera que los intereses, y solo los obstinados, en quienes puede más que todo el amor propio, se deciden á proseguir largos y costosos combates, obtando los más por honrosas avenencias, que zanján las cuestiones en un instante, y evitan á los contendientes los disgustos, las vicisitudes y los gastos de incierto batallar.

Sea como quiera, es cierto que el corazón humano ha menester renovarse con el ambiente puro del Evangelio.

Hoy lo dominan mil pasiones; un egoísmo, que le mueve á anteponerse á todo, y buscar la conve-

niencia propia más que el bien ajeno; una ambicion, que le hace codiciar riquezas y honras, viendo en las unas y en los otros medios de gozar y de ser dichoso; un sensualismo, una sed de placeres materiales, como si el espíritu nos hubiese abandonado, y no fuésemos otra cosa que carne: un anhelo de vivir y de vivir siempre, cual si no existiese Dios, ni nos hubiese preparado nuestra casa definitiva en el cielo.

Poner el deseo de Dios donde está el deseo de la tierra; donde se halla la pasion de la carne, la sed de los virginales goces de la santidad; donde la ambicion de oro y de honras el ansia de eclipsarse propia de los humildes; donde el egoismo, la caridad, tan bella, tan espléndida, tan fecunda... hé aquí lo que será renovar el corazon.

Y esta obra debe constituir una de las labores predilectas nuestras en la Cuaresma; que si la llevamos, por cierto, á dichoso término habremos dado un gran paso en la senda de nuestra verdadera felicidad y en la del bienestar social.

## IX

Jesu-Cristo para probar á los judíos quien era, apelaba al testimonio de las obras: *operibus credite*: y en verdad que sus obras ponían bien en claro su santidad y su divinidad; su santidad porque todas llevaban la marca de lo justo, de lo recto y de lo santo, y su divinidad, porque eran tan extraordinarias, que acusaban un poder más que humano, la omnipotencia, propia de Dios solo.

Si pedimos á nuestra época sus obras de virtud, se sentirá conturbada al haber de presentárnosla:

pues nada que salga de la medida de lo vulgar puede ofrecernos. No ha sabido en ese punto la presente centuria hacer otra cosa que continuar los trabajos de sus predecesores, sin añadir, sin perfeccionar, sin modificar apenas cosa alguna.

Y no es ciertamente porque no hubiese razon más que de sobra para nuevas invenciones de la industriosa caridad; pues las necesidades se multiplican cada dia y toman aspectos y formas diversas, que reclaman para su remedio otros procedimientos distintos de los antes usados; pero ó el ingenio casi se agotó, ó si no faltó el ingenio, faltaron medios para que sus inventos pasasen del terreno de la teoría al campo de la realidad. El hecho es que solo la Obra de D. Bosco y alguna otra análoga han crecido, se han propagado y gozan de verdadera popularidad.

Hora es de corregir estos y otros yerros; que no hemos de aplazar la enmienda para cuando el siglo XIX no exista: los muertos ya no se mueven, y solo esperan el fallo de la posteridad. Podrá ésta rectificar algunos de los juicios, que formuló sobre ellos: nuevos datos aportados al proceso, acaso la obligarán á juzgarlos mejores ó peores de lo que los había creído; pero despues de morir, únicamente los Santos realizan maravillas, que suelen alcanzarles el honor de la beatificacion ó de la canonizacion; por lo que toca á las edades, esto no acaece: una vez sepultadas en el panteon de la historia, no son capaces de hacer nada, como no sea inficcionar el aire con su podredumbre, y dar no poco en que entender á las edades futuras con el legado funesto, que acaso les dejaron de sus errores, de sus maldades y de las complicaciones que de buena ó mala fe crearon, y

que á veces no se desenredan sino á fuerza de años, de trabajos y de porfiado estudio.

Preguntad á la historia cuanto tiempo costó hallar una solucion á la célebre cuestion de las investiduras, que el siglo XI trasmitió todavia casi íntegra á su sucesor; preguntad á lo porvenir cuantos dias permanecerá moribundo el Protestantismo, y qué durará su agonía, por que realmente el Protestantismo, herido de muerte por el Concilio de Trento, ha ido soltando su sangre, y desde que el racionalismo le abrió las puertas de su reino, ha entrado en periodo agónico.

Renovar nuestras obras... al modo de los pensamientos y de los afectos, debe ser la última parte de nuestra labor.

En vez de ocuparnos en promover pasatiempos, ó á la vez que en promover honestos pasatiempos nos empleamos, dediquémosnos á empresas útiles, que cedan en provecho comun. Hay pobres; ¿no se puede hacer algo en bien de esas clases desheredadas, que no consista solo en hacinarlas en un asilo, especie de prision en que pagan el delito de su miseria, ó darles un triste óbolo, con el que suelen tener lo bastante para entrener la pasion por las bebidas alcohólicas, mas no la necesidad? Hay obreros, que carecen de todo otro recreo que la taberna ó el garito: ¿no podría alejárseles de esos centros de perdicion y proporcionarles distraccion honrada y provechosa á un tiempo, en la que hallasen junto con el esparcimiento del ánimo, pasto saludable del espíritu? Hay doncellas para las que el dia festivo es un peligro, porque se congregan con compañeras y mozos que danzan, cantan y se entregan á provocativas ale-

grías, de las cuales nada bueno suele originarse: ¿no sería hacedero que á esas doncellas se buscara otro modo de pasar el dia festivo, en que lo inocente y lo santo alternasen, y sin dejar de solazarse las interesadas anduviesen muy lejos del peligro de ofender á Dios? Hay genios esparcidos por un lado y otro, genios inutilizados, por que no se encuentra quien, aliando el amor al prójimo y el amor al arte cristiano, tienda su mano protectora á esas preciosas joyas, que se pierden en medio de la calle ¿no seria posible crear algo para amparar el talento artístico, encaminarlo por buenas rutas, utilizarlo en pro de la causa de la Fé, é impedir que se malogre? Hay virtudes ignoradas, escondidas entre los muros del hogar y solo de Dios vistas ¿no sería dado sin sacarlas del marco, que tan bien les sienta, ni colocarlas sobre pedestales en que cambiarían de carácter, recompensarlas? Mucho se puede, ó más bien, mucho se podría, si en lugar de buscar como buscamos todos el propio gusto, la propia conveniencia, la satisfacion propia buscáramos inspiraciones en la verdadera caridad, que es fecunda en inventos, y que sabe arreglar y combinar magníficos planes.

Hermoso empleo haríamos de la Cuaresma, si ocupáramos en labrar el bien de nuestros hermanos estos dias de abstinencia y ayuno, en que nos olvidamos un poco de nuestra carne, y podemos acordarnos mejor de los que sufren por no tener quien los ayude.

¡Oh! si todo se renovara, el pensamiento, el corazón, las obras ¡cómo haríamos cambiar la faz de las cosas! Tomarían estas un nuevo color, un aspecto nuevo, y á las negras tintas que en el horizonte de lo

porvenir se dibujan, y que parecen predecir espantosas borrascas, reemplazarían dorados arreboles, precursores de días claros y serenos.

Alimentemos estas esperanzas, que no juzgamos quiméricas é ilusorias, sino legítimas y bien fundadas á condicion solo de que no nos estemos ociosos; trabajemos, pongamos manos á la tarea; dediquemosnos con ardor á la triple labor insinuada en este pobre escrito, y el siglo XIX concluirá mejor que ha empezado, dejando á su heredero no ruinas y escombros tan solo, sino materiales para edificar brillante fábrica.

Y aquí soltamos la pluma, no sin enviar antes á nuestros amados diocesanos nuestra bendicion pastoral en el nombre  $\text{†}$  del Padre y  $\text{†}$  del Hijo  $\text{†}$  y del Espíritu Santo.

Sevilla 15 de Febrero de 1900.

$\text{†}$  MARCELO, Arzobispo de Sevilla.

Por mandado de S. E. R. el Arzobispo mi señor,

Dr. MANUEL JIMENEZ DE CASTRO,  
*Canónigo Secretario.*

